

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Paris Notebook*

© 2023, Tessa Harris. Publicado por primera vez en Gran Bretaña por HQ,
un sello de HarperCollinsPublishers Ltd.

© 2023, de la traducción por Guillem Gómez Sesé

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-48-4

Código IBIC: FA

DL: B 12.355-2023

Diseño y composición de interiores:

David Pablo

Impreso en octubre de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Tessa Harris

La mecanógrafa de Hitler

Traducción de Guillem Gómez



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

Para Gill

He extendido mis sueños bajo tus pies;
pisa suavemente, pues caminas sobre mis sueños.

W. B. YEATS
Él desea las telas del cielo

Prólogo

Hamburgo

Agosto de 1939

Con cada paso, el temor de Katja iba en aumento. Esforzándose en alcanzar el primer piso, el eco que retumbaba escalón tras escalón hasta llegar al descansillo la alarmaba. La puerta de su piso estaba entornada. Alguien había entrado, o seguía estando ahí. Le empezaron a palpar las sienas cuando se dispuso a cruzar el umbral. Entre latidos del corazón que martilleaban en su pecho, comenzó a avanzar por el pasillo, cuidándose de no hacer ruido. Aunque no le hizo falta adentrarse mucho en él para darse cuenta de que, mientras ella había estado en el trabajo, un intruso lo había desvalijado.

Tras pasar de largo la cocina en silencio, se quedó helada al toparse con el caos del salón. Cojines desparramados por el suelo; habían vaciado y lanzado por los aires los cajones. Rompieron los adornos. Estaba claro que habían estado ahí, pero que no era un robo domiciliario cualquiera. Le habían registrado el piso, y Katja sabía quiénes lo habían hecho y qué era lo que buscaban.

El retrato enmarcado de su padre, al que por las noches su madre solía dar un beso, yacía quebrado sobre la alfombra. A su lado estaban los cuencos africanos de piedras preciosas,

arrojados desde sus vitrinas; el reloj suizo, con su cuco que llevaba años sin cantar, desatornillado de la pared posterior, y la estatuilla de yeso de la Virgen María de su madre, reducida a escombros. También habían expulsado de sus estantes decenas de libros; a algunos los habían despojado de sus páginas. Se habían arrancado de su sitio todos los objetos de aquel atestado pisito, como árboles de un bosque tras un huracán. Y cada objeto custodiaba un recuerdo. «Pero los recuerdos –se dijo Katja– se pueden guardar en el corazón». Era el cuaderno lo que le importaba.

Deshaciéndose de toda precaución –los intrusos llevaban rato fuera– se apresuró hacia su cuarto para rebuscar junto a su cama y tirar de aquella parte de la moqueta. Habían dejado sus sábanas y almohadas hechas jirones, pero no habían destrozado las tablas del parqué. De rodillas, Katja cogió los alicates que escondía en el cabezal y, con un corazón palpitante que enmudecía todo sonido a su alrededor, hizo palanca en la madera del parqué. Ahí, indemne, estaba su cuaderno. Ya había arriesgado su vida por aquellas páginas, y lo volvería a hacer. No tenía tiempo que perder. En un poco más de una hora iban a volver. Lo sabía. Debía irse. Era ahora o nunca.

Su maleta abierta estaba tirada sobre el suelo junto a los postigos. A toda prisa, agarró la ropa que habían esparcido por toda la habitación –blusas, faldas, ropa interior– y la metió dentro. Con el cuaderno fue más metódica, y lo introdujo entre papel de seda en su sombrerera de cuero. Por suerte, tuvo la precaución de llevarse los pasaportes y billetes de tren consigo al trabajo. Estaban a salvo.

Tuvo la tentación de avisar a un taxi, pero era consciente de que debía ser cauta con el dinero que el doctor Viktor le había dado. Además, sería un riesgo añadido. El chófer

la habría reconocido con facilidad, de modo que recorrió penosamente la calle hasta el final, cargando la maleta y la sombrerera, y se subió a un tranvía tras la esquina. Eran las seis y media, y los trabajadores emergían de oficinas y fábricas como hormigas. No quedaban asientos libres en el tranvía, así que tuvo que apretujar su cuerpo en el pasillo contra una mujer muy gruesa que ocupaba el sitio de dos.

Diez aparatosos minutos más tarde apareció ante ella la *Bahnhof* central, con su impresionante torre del reloj y su enorme bandera con la esvástica. El tranvía se detuvo ante ella. Hombres y mujeres atravesaban en tropel su gigantesco portal. También había familias; algunas iban con perros y gatos. Los pocos que se podían permitir huir... antes de que se declarase la guerra. Ella se iría con ellos, trataría de perderse en aquella masa sin rostro. Cuanto antes, mejor. Sostuvo a peso su equipaje y se sumó al final de la cola para apearse del tranvía. Entonces vio que dos berlinas negras se acercaban a toda velocidad al vestíbulo de la estación. De un chirrido, frenaron ante el portal.

–La Gestapo –murmuró la mujer gruesa a la persona de al lado.

Los pasajeros se pararon un instante a observar cómo ocho policías corrían hacia la estación y la riada de transeúntes se abría a ambos lados para dejarlos pasar. Katja no sabía a por quién iban, pero le asustaba que pudiera ser ella su objetivo. Tras bajarse del tranvía, prosiguió en pos de la estación.

Dentro del cavernoso edificio, coronado por un inmenso techo de cristal, el constante estruendo parecía amplificado. Los anuncios de llegadas y salidas, por no hablar del incesante barullo de voces y pasos, le dificultaban a Katja el pensar. Miró el gran reloj. El tren del andén número 5 se iba

a poner en marcha en diez minutos. Se apartó con esfuerzo de la multitud para dirigirse a un quiosco de prensa. Ante ella, un hombre de negocios ofrecía unas monedas por la edición de la tarde.

—¿Qué sucede? —preguntó el cliente mientras los policías pasaban junto a ellos.

El quiosquero, al que Katja supuso veterano de guerra por su parche en el ojo, sacudió la cabeza.

—Una secretaria le ha pegado un tiro a su jefe esta mañana. Puede que tenga que ver con eso.

Sus palabras la estremecieron. Confirmaban que ella podía ser la persona a quien querían cazar. La Gestapo la quería incriminar por asesinato. Hurgando en su bolso, Katja se puso las viejas gafas de su madre, que llevaba en caso de necesitar un disfraz, y rápidamente se cubrió el cabello rubio con un pañuelo atado bajo el mentón. Viendo de soslayo su reflejo en un escaparate del vestíbulo, rezó por que su nuevo aspecto bastase para que la Gestapo le perdiera el rastro hasta que el tren abandonara la estación.

A trompicones, zambulléndose entre la multitud y arras-trando todavía maleta y sombrerera, logró llegar al andén número 5 justo cuando el guardia se disponía a cerrar el acceso. Pudo ver cómo dos jóvenes estaban siendo escoltadas a un despacho por un agente. Se preguntó de qué delito serían sospechosas.

—El billete, *bitte* —oyó que gruñía un guardia.

Con previsión, había sacado sus documentos y los tenía a punto para poderlos presentar sin inmutarse, con calma. Al mirar a su alrededor, esperando, vio que se producía un tumulto un poco más allá en el vestíbulo. Cabezas cubiertas con gorras negras sobrevolaban, como gaviotas, el mar de pasajeros.

–Gracias, Fräulein –dijo el guardia, en apariencia satisfecho.

Al devolverle su billete, la dejó pasar. Pero entonces...

–*Reichpass, bitte!*

Un funcionario de aduanas le clavaba los ojos. Se le removió el estómago al hacerle entrega de su pasaporte francés con una sonrisa encantadora. Se mordió el labio mientras el aduanero examinaba el documento con atención. ¿Sabría que era falso? ¿Vería que la fotografía se había pegado o que el sello era de imitación? Contuvo el aliento.

El aduanero la observó.

–*Französisch?* –preguntó, arqueando una ceja.

–*Oui* –mintió ella.

–¡Eso fuera!

Apuntó a su pañuelo. Un tirón dejó a la vista su cabellera rubia, y la revelación la hizo sentir vulnerable..., desnuda incluso, mientras el guardia la inspeccionaba.

Un instante de agonía más tarde, le fue devuelto el pasaporte y Katja recuperó su aliento. Premiadas sus virtudes como actriz, atravesó el acceso con la cabeza bien alta y se dirigió al andén. Su asiento estaba en un coche hacia la mitad del tren. Le dolían ambos brazos por el peso de su equipaje, pero lo había logrado.

Mientras comprobaba su billete, se subió al vagón y avanzó por el pasillo, atestado de gente y repleto de humo, en busca de su compartimento. Había un asiento disponible. Una familia ocupaba los demás. Una madre y un padre, dos niños y una anciana –la abuela, supuso–. Juntos, permanecían en silencio; los rodeaba un miedo tangible, como si colgara de los portaequipajes sobre ellos, y cuando la abuela se removió en su asiento para recolocarse el sombrero, Katja supo

por qué. Apenas vio sus ojos oscuros, insertos en cuencas sombrías. Su expresión de tormento la delataba. Igual de aterrada, si bien por motivos distintos, se juntó con ellos.

Desde su asiento, Katja veía otro reloj ferroviario, el del andén. Dos minutos para la hora de salida prevista. El tiempo se detuvo. Necesitaba contar los segundos para que pasaran más deprisa. «Ciento veinte», pronunció para sus adentros, justo cuando desde algún lugar cercano se escuchó un grito. El padre volvió su cabeza hacia la ventana. Un segundo más tarde, un miembro de la Gestapo aparecía ahí fuera, junto a otro que llegaba a toda prisa. Uno de ellos ladró una orden.

«Cien», susurró Katja mientras sacaba el libro de poesía que llevaba en el bolso.

La madre y el padre intercambiaban miradas incómodas. Luego, pasos recorriendo el pasillo. Uno de los hijos, una niña pequeña, empezó a gimotear.

«Setenta».

Una sombra cubrió el suelo del vagón. Un miembro de la Gestapo que pasaba observó en el interior. Katja se cubrió la cabeza con el libro, pero le horrorizó oír la puerta corredera abrirse. Quedó paralizada al instante.

—¡Tú! —gritó el oficial.

Katja alzó la cabeza a tiempo de ver cómo se abalanzaba sobre el padre y lo levantaba por las solapas.

—¡Fuera, cerdo judío!

«Sesenta».

El gimoteo de la niña pasó a ser llanto de verdad. Su hermano, ligeramente mayor, también lloraba, mientras que su padre suplicaba.

—¡Pero si tenemos papeles! —exclamó, hurgando en el bolsillo de su abrigo.

–¡Fuera! –gritó el oficial mientras su compañero comenzaba a tirar de la abuela.

«Cuarenta».

–¡Fuera ahora mismo, vieja judía! –chilló, apuntándole de repente con una pistola.

«Treinta».

–Por favor, no –rogó la madre, llevándose a la hijita a su lado.

Un oficial sacó la porra y golpeó las manos temblorosas del padre, haciendo saltar por los aires sus papeles.

–¡He dicho que fuera!

«Veinte».

Arrancaron a la frágil anciana de su asiento sin dificultad y la empujaron hacia el pasillo. No tardó en seguirla el niño, pero, cuando le mordió la mano al oficial, lo premiaron con un bofetón en la cara y cayó de espaldas. Alterada por lo que veía, su madre se abalanzó entre gritos al pasillo, mientras su marido era sacado a rastras finalmente a manos del otro. Uno por uno, los llevaron de malas maneras al andén.

Katja también gritaba por dentro, pero se contuvo. Quedaban apenas unos segundos. Debía mantener la compostura.

«Diez».

Una sacudida bajo los pies. La locomotora se puso en marcha. Una nube de vapor blanco se elevó desde el andén, engullendo a la desamparada familia judía. El terror que Katja había visto en los ojos de la madre aumentaba la indignación que hervía en sus venas, pero, sabiéndose impotente, se forzó a mirar hacia el reloj. Apenas podía ver su rostro a través del vapor, pero ya no hacía falta.

«Tres».

El agudo silbato se impuso al alboroto, y el vagón se sacudió y se propulsó hacia adelante.

«Uno».

Estaba de camino a París.

A la libertad. A la librería. Y a Daniel.

Capítulo 1

Hamburgo

Siete meses antes

A dolf Hitler contemplaba la ciudad desde lo alto; amo y señor de cuanto podía vislumbrar. Un brazo extendido, rígido, en el conocido saludo; el otro, firme sobre su ario corazón. Pero era su mirada lo que hacía detenerse a los que por ahí pasaban, incrédulos, cuando él los observaba con severidad treinta metros sobre aquella calle congestionada de tráfico. Sus enormes e impertérritos ojos de color azul eran penetrantes e hipnóticos, lo bastante como para imponer admiración –o terror– a cualquiera sobre quien los posara. A cualquiera, como a Katja Heinz.

Aquella mañana Katja estaba de camino desde el centro de la ciudad de Hamburgo hacia un distrito más verde –más verde en verano, claro está–, concretamente hacia la universidad. Si hubiera hecho un tiempo más cálido, habría ido andando a la entrevista desde su bloque de apartamentos. Pero aquel no era un día para quedarse por la calle. Un viento helado soplaba procedente del río Elba, y unas nubes plomizas amenazaban con nevar. El termómetro llevaba siete días sin superar los menos diez grados centígrados. Una semana más así y abrirían el lago Alster Exterior a los patinadores sobre hielo.

Ese había sido durante mucho tiempo su trayecto cotidiano, a veces con su padre, pero sobre todo con sus compañeros de estudios. Aunque algunas partes del camino todavía le resultaban familiares, seis años después el recuerdo parecía de alguna era anterior; de un tiempo más feliz en que la gente podía leer los libros que quisiera y decir lo que pensaba de verdad. Eran pobres, eso sí; pero al menos eran libres de expresarse.

Esta vez Katja se encontraba junto a la ventana del tranvía, empañada por el hálito de tantísimos pasajeros. Un hombre con un abrigo andrajoso y que apestaba a humo de tabaco se apretó contra ella con aires de disculpa. Ella, con su mano envuelta por un guante, frotó la forma de un círculo en el cristal para observar a través de él, mientras se sacudían y brincaban a través de un desfiladero de grises edificios.

Al reducir la marcha y llegar a una parada, más viajeros subieron a bordo. El fumador que se sentaba a su lado —oficinista, supuso— se puso en pie para dejar pasar a otro pasajero. Dio por sentado que cedía su asiento a una mujer, pero, apenas notó un codazo contra las costillas y un brazalete con la esvástica brilló ante ella, sintió un hormigueo de miedo. Un matón de aquellos «camisas pardas» de Hitler se había instalado en el asiento contiguo, cruzado de brazos para apropiarse del máximo espacio. Se volvió para ahorrarse el contacto visual. Todavía vivía con el terror a ser descubierta, por lo que, si bien distaba medio kilómetro del edificio principal de la universidad, decidió apearse en la parada siguiente. Llegaría media hora antes de la entrevista, pero, por lo menos, podría pasarse por uno de los lugares que más le gustaba frecuentar. Cerrándose el cuello del abrigo con las manos, ante el cortante frío, se dirigió hacia la librería de Herr Wortzman.

El único color que sobresalía de entre el gris omnipresente en una mañana como aquella era el rojo sangre de las enseñas y banderas nazis que pendían de todo bloque de oficinas o edificio municipal. Un muchacho vendía periódicos en el cruce de la calle. Sacudiendo una copia del *Eco de Hamburgo* ante ella, iba anunciando: «¡El Führer visitará la ciudad!». «Este es el motivo –se dijo–, de ese enorme cartel que apareció proclamando la llegada del salvador de Alemania». De repente, volvían a aflorar los nervios que, en el tranvía, había logrado controlar.

Contaba con que, al ver las novedades de libros en el escaparate de Wortzman, se distraería un poco antes de la entrevista en la clínica, que sabía que iba a ser complicada. Tenía claro que, en realidad, no poseía la cualificación para aquel trabajo; pero, cuando la llamaron, se sintió agradecida de que contaran con ella.

Una ráfaga imprevista hizo crujir las bisagras oxidadas de aquel letrero familiar para ella y le decía que ya había llegado a su destino. Pensó que pasar un rato entre libros le calmaría los nervios. Hacía ya tiempo que no iba a aquel local, pero, en lugar de la ilusión que solía experimentar cuando veía por primera vez los libros del escaparate, aquella vez sintió cierto desencanto. Tras el deslucido cristal, los expositores ofrecían el mismo aspecto cansado que Herr Wortzman, visible tras el mostrador. Antes de la quema de libros le recordaba a una morsa, con su frondoso mostacho que le asía la boca y su enorme barriga a juego con su risa. Ahora hasta sus bigotes parecían haber perdido su gusto por la vida y se encorvaban.

La quema –la *Säuberung*, ‘purificación por el fuego’– los había marcado a ella y a su familia para siempre. Aquel mayo de 1933 los estudiantes nazis montaron grandes ho-

gueras públicas con todos aquellos libros que decían que eran antialemanes. Se destruyeron miles de volúmenes no solamente en Hamburgo, sino por toda Alemania. Antes de aquello, el escaparate de Herr Wortzman siempre había estado lleno de títulos procedentes de todas partes, desde Francia hasta Italia, pasando por Gran Bretaña y Estados Unidos, además de Alemania. Algunos tenían cubiertas sofisticadas que te retaban a que los abrieras, como la de los atractivos protagonistas de *Al este del Edén*. Otros presentaban títulos intrigantes, como *El hombre invisible* o *La máquina del tiempo*, que te invitaban a entrar. Sin olvidar aquellos que, como los del escritor francés Julio Verne, incitaban a explorar otros mundos.

Ahora, en lugar de aquellos libros tentadores de tapa dura y títulos exóticos de los años de Weimar, la insulsa cubierta roja del *Mein Kampf*, del Führer, debía ocupar el lugar de honor en toda librería; los volúmenes se apilaban bien alto, empujando al resto. Cuando Herr Hitler alcanzó el poder y se vendieron numerosos miles de ejemplares, su padre le comentó que la gente leía su obra por curiosidad, no porque estuvieran de acuerdo con lo que ahí estaba escrito. Hoy en día, sin embargo, después de todo lo que había sucedido, y que seguía sucediendo, ya no podía estar tan segura. En lugar de sosegarle los nervios, parecía que echar un vistazo al escaparate de Wortzman le producía el efecto contrario. Metiéndose las manos en los bolsillos, Katja prosiguió su camino por aquel plácido barrio y en menos de diez minutos alcanzó su destino, sintiéndose todavía más agitada e incómoda.

La placa del edificio de ladrillo rojo le informaba de que estaba en el lugar indicado. La Clínica de Trastornos Neurológicos estaba afiliada a la Universidad de Hamburgo,

pero ocupaba un ala aparte, a un lado. Tenía su entrada propia, con vistas a una plaza tranquila, flanqueada por tilos. Haciendo una pausa antes de subir la leve escalinata, Katja respiró hondo para reponerse. Ese trabajo le hacía falta. Habían obligado a cerrar, cuatro años antes, el bufete judío de abogados con los que había trabajado como secretaria. Más adelante había encontrado un puesto mal pagado de secretaria en una fábrica de jabón y se había partido la espalda para un jefe malhablado. Tenía recibos por pagar. Los medicamentos de su madre costaban una fortuna, por no hablar del alquiler. Una oración revoloteó por sus labios: «Dios, te lo ruego, dame fuerzas».

Una recepcionista mayor, de piel tan arrugada como el fruncido de su blusa, le señaló el camino, al final de un pasillo escasamente iluminado.

–Espera fuera hasta que te avisen –gruñó.

Un peculiar olor a desinfectante flotaba en el aire, pese a no ser un quirófano, sino una clínica psiquiátrica. Todo tenía un aspecto limpio y eficiente, y los muros del pasillo estaban decorados con pinturas de escenas alpinas: lagos y paisajes de montaña. Al pasar junto a ellos, Katja supuso que su propósito sería relajar a los pacientes, pero a ella tan solo le hacían sentir de vuelta al colegio, a punto de entrar al despacho de la directora.

Al tiempo que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, Katja vislumbró otra figura al final del pasillo e imaginó que esperaba también a que la llamaran para la entrevista. Aquella persona, una mujer, levantó la mirada cuando Katja se acercó y la observó con desdén. Era robusta y no llevaba maquillaje, y, al removerse en su asiento, un destello rebotó de su insignia en la solapa. Era miembro

del partido. El partido nazi. ¿A quién le recordaba? Katja a menudo comparaba a personas reales con personajes de novelas. Era algo que odiaba de sí misma, pero era una costumbre que había permanecido con ella desde pequeña. Aquella mujer le hacía pensar en la matrona del orfanato de *Oliver Twist*.

Katja, intranquila, se volvió de espaldas para sacarse el abrigo. Nada más tomar asiento, la puerta de enfrente se abrió y una enfermera alta, con un sujetapapeles, vestida de uniforme y que apestaba a jabón fénico, pronunció un nombre. La candidata se puso en pie con seguridad, agarró su chaqueta y siguió a la enfermera. Antes de desaparecer de su vista, dirigió una mirada enreída hacia atrás.

Se hizo el silencio una vez más en el pasillo, y los minutos empezaron a pasar con lentitud. Katja permaneció sentada con rigidez, sujetándose a su bolso como si fuera una boya entre aguas agitadas, mientras las dudas se acumulaban en su interior. Sentía tanta ansiedad en su pecho que empezaba a pensar en salir de ahí. La humillación sería insoportable. Jamás debió haberse postulado para aquel empleo. No tenía experiencia médica, y estaba claro que la otra candidata jugaba en otra división: se la veía llena de seguridad en sí misma. Autoconvencida de que no habría manera de lograrlo, estaba ya a punto de recoger su abrigo cuando la llamaron. La otra candidata le regaló una sonrisa triunfal al salir, y a Katja le dijeron que entrara.

La enfermera alta y de expresión mordaz la llevó a una especie de antesala y luego, a través de puertas dobles, a un gran despacho. Había dos hombres sentados a una mesa, ante una ventana. Katja presupuso que serían médicos, pero, en lugar de llevar batas blancas como era lo esperable, ambos

vestían trajes normales de oficina, lo que la tranquilizó. Uno, el mayor, se puso en pie para estrecharle la mano. Tenía un rostro amistoso, con briznas aladas de cabello plateado. Si la otra candidata era la horrible matrona, aquel hombre le recordaba al amable benefactor de *Oliver Twist*, el señor Brownlow.

–Fräulein Heinz, soy el doctor Viktor. Y este es mi compañero –dijo señalando al más joven, de rostro taciturno y gafas gruesas, que permaneció sentado–, el doctor Ulbricht.

Katja sintió que la mirada del joven doctor la perforaba a través de sus lentes, que le engrandecían los ojos. Su pelo engominado hacia atrás asomaba tras una frente muy alta, recordándole al Drácula de Bram Stoker. Pero era la insignia del partido, que exhibía con orgullo en la solapa, lo que le daba a Katja ganas de volver por donde había entrado. Frente a la otra candidata, de sus mismas simpatías políticas, ella no tenía ninguna oportunidad.

–Veo que no viene usted de muy lejos –continuó el doctor Viktor con ligereza, observando su currículum sobre el escritorio a través de sus quevedos. El rostro de Katja se relajó un poco–. Eso está bien. Necesitamos personal que venga siempre a trabajar, incluso cuando se está de nieve hasta las rodillas –afirmó con voz jocosa.

Al doctor Ulbricht no parecía hacerle ninguna gracia su currículum.

–Así pues –empezó a decir–, veo que no tiene experiencia de ningún tipo en el ámbito de la medicina, Fräulein Heinz.

Ni en sus peores pesadillas había esperado Katja tal brutalidad de entrada. La desequilibró.

–No, señor, pero... bueno, soy rápida escribiendo y con la taquigrafía, y...

–Eso no es necesariamente una desventaja –intervino Viktor, mirando de reojo a su compañero con desaprobación–. ¿Cree que sabría adaptarse? –añadió, con voz más suave.

Le acababan de echar un cable.

–Oh, claro, señor –contestó–. Soy muy versátil y sé archivar.. Ulbricht no permitió que terminara.

–Veo que anteriormente trabajó en un bufete de abogados. Abogados judíos –escupió la palabra «judíos» y se inclinó hacia ella para clavarle una mirada de sospecha–. ¿Es usted judía?

Los ojos de Katja se desplazaron hacia los del doctor Viktor, como si le implorase un rescate, pero él siguió impassible. Volviéndose a Ulbricht, respondió:

–No, señor, no lo soy. Soy cristiana.

Este asintió con satisfacción y luego volvió a relajarse en la silla y jugueteó con un lápiz entre los dedos.

–Y entonces, ¿cómo es que interrumpió sus estudios de literatura en la universidad?

Había temido que le hicieran aquella pregunta y, por muchas veces que la ensayara, no sabía encontrarle una respuesta convincente. Las leyes raciales de los nazis habían obligado a muchos de sus compañeros judíos de estudios a abandonarlos, pero ella los tuvo que dejar por otro motivo. Por su padre, su Vati.

–Yo... yo... Bueno –balbuceó. Una vez más se hallaba suplicando ayuda al doctor Viktor–. El curso no era de mi gusto –alegó, y al instante supo que había sonado engreída.

Se retorció de vergüenza como un gusano en el anzuelo, y Ulbricht se cebó en su dolor.

–¿Acaso no le bastaban a usted nuestros grandes escritores alemanes?

¿De verdad debía hablarles acerca de la quema y de cómo la muerte de su padre había sido consecuencia directa de ella? Los doctores, sin duda, se acordarían de la historia al instante si les dijera su verdadero nombre y que Vati había sido profesor en la universidad. De hecho, incluso puede que se hubieran conocido en persona. Aunque ello sucedió hacía ya casi seis años, el horror todavía era crudo y doloroso.

—¿Y bien?

El placer en los ojos del doctor Ulbricht ante su pugna interna se convirtió finalmente en impaciencia. Hizo impactar el lápiz contra el escritorio.

—No creo que uno deba andarse con chiquitas, Fräulein Heinz. Le veía poco sentido a entrevistarla a usted, pero el doctor Viktor parecía opinar lo contrario. Así que dígame: ¿por qué habríamos de contratarla como recepcionista en el departamento?

A Katja se le secó la boca de repente.

—Soy muy puntual y organizada, y sé archivar.... —repitió. Esta vez fue el doctor Viktor quien la interrumpió.

—A muchas mujeres se les da bien archivar, Fräulein Heinz, ¿pero con qué capacidades particulares podría usted contribuir a este puesto?

Llegados a ese punto, Katja supo que estaba todo perdido, a no ser que se la jugara y dijera la verdad. Imprimió firmeza a su mirada y levantó la barbilla.

—Puedo contribuir con mi comprensión hacia los pacientes —respondió.

—¿Comprensión? —repitió Ulbricht, con un matiz de repudio. Volvió a coger el lápiz y jugueteó de nuevo con él—. No será que...

El doctor Viktor alzó la mano para que su compañero se callara.

–¿Por «comprensión» qué quiere decir, Fräulein Heinz?
–preguntó, ladeando la cabeza.

De repente le vino a la mente a Katja la imagen de su madre en casa. La viudez la había convertido en una sombra de quien había sido, vacía de energía y de interés por la vida, excepto por las palomas, a las que daba de comer a diario desde el balcón.

–Conozco lo que es la ansiedad y la depresión –respondió reflexiva.

–¿En qué sentido? –presionó Viktor.

Katja se movió en su silla, consciente de que Ulbricht la miraba fijamente.

–Sé que una ola enorme te golpea, se te lleva por delante y te arrastra hasta lo más hondo. No se puede pensar con claridad ni comer. El simple esfuerzo de mover las extremidades o levantar la cabeza es demasiado, porque la fuerza te empuja hacia abajo más y más. Alguien te puede echar una mano para sacarte de ahí, pero puedes volver a caer para atrás, y hacia abajo. Y, para la persona que se te acerca, pero que pierde la esperanza de poder hacer algo por ti, el dolor puede llegar a ser el mismo. Saben que tienen que ser fuertes, pero hay veces que les cuesta mantenerse a flote. Puede que también necesiten apoyo para escapar a la ola de esa inmensa y aplastante depresión que amenaza con sepultarlos.

Katja se detuvo entonces, obligándose a volver al presente. Se centró en ambos doctores, que la observaban detenidamente. Había hablado demasiado. Fue el doctor Viktor quien rompió el silencio. Se aclaró la garganta.

–Es palpable que a usted no le han sido ajenas cuestiones de salud mental, Fräulein Heinz –comentó–. Por alguien cercano, supongo.

Katja parpadeó y una lágrima se le extravió. Ya no servía de nada ocultarlo más. Había quedado como una tonta. Tal vez fuera mejor irse. Sus ojos iban de un hombre al otro.

–Lo siento. Debería irme.

Hizo el ademán de moverse, pero el doctor Viktor la detuvo.

–Por favor, Fräulein Heinz. Le hice una pregunta. Me gustaría una respuesta.

Katja se volvió a sentar, aunque deseaba irse con todas sus fuerzas.

–Mi madre –contestó–. Hace tiempo que no está bien. No lo ha estado desde que mi padre falleció.

El doctor Viktor asintió.

–Lo siento –dijo–. ¿Y cómo logra escapar usted?

–¿Disculpe, señor?

Katja no lo estaba siguiendo.

–¿Cómo escapa usted a la gran ola? –se explicó Viktor.

Parecía sinceramente interesado.

La mirada de Katja se acopló a la de él.

–Leo novelas, señor –respondió–. Me llevan a otros lugares. Me ayudan a olvidar.

Los labios del doctor Viktor esbozaron una sonrisa. Con ese gesto parecía decirle que apreciaba sus palabras, lo cual hizo sentirse menos sola a Katja. Pero el doctor Ulbricht no lo iba a consentir.

Dejando caer de nuevo el lápiz sobre la mesa, entornó la mirada.

–Su desgracia personal no nos incumbe. No veo ningún

sentido a seguir entrevistándola. Le comunicaremos nuestra decisión por escrito, Fräulein Heinz.

Estaban rechazando a Katja.

–Lo siento, yo...

Miró al doctor Viktor en busca de una reconsideración del veredicto, pero él simplemente bajó la vista y ella pudo advertir cómo sus hombros también expresaban resignación.

–Que pase un buen día, Fräulein Heinz –insistió Ulbricht–. Ya hemos escuchado todo lo que necesitábamos –añadió, dirigiendo la mirada hacia la puerta–. La enfermera Wilhelm la acompañará hasta la salida.

Un olor a jabón fénico impregnó la habitación, y la enfermera alta apareció de repente para no ofrecerle a Katja más opción que la de irse.

–Buen día, caballeros –murmuró por encima de su propia desdicha–. Siento que hayan perdido el tiempo.

La habían hecho sentir despreciable. Puede que así fuera. Puede que ella también se estuviera hundiendo. Hubo un momento en que creyó que el doctor Viktor podría echarle una mano y sacarla del agua. No lo hizo, y Katja se fue de la clínica sintiéndose como si ella también estuviera siendo arrastrada hacia lo más hondo.

Capítulo 2

París

¡E!l conductor del Citroën dio un brusco volantazo para sortear al peatón, haciendo sonar el claxon. Mientras sacaba la cabeza por la ventanilla, se señaló la cabeza con un dedo y soltó un agresivo «*fou!*» al hombre al que había estado a punto de arrollar antes de seguir conduciendo a gran velocidad.

No es que el afortunado peatón estuviera «loco» de verdad; lo que estaba era sencillamente muy distraído y, al parecer, no era consciente de la suerte que acababa de correr. Se limitó a levantar la mirada al avanzar hacia la Rue de l'Odéon —había estado paseando con la cabeza metida en un libro— y a encogerse de hombros. Había llegado a la penúltima página de *Adiós a las armas*, de Hemingway, y estaba decidido a terminarlo antes de devolverlo a la biblioteca, un poco más abajo en la misma calle.

Cualquiera que haya estado en París conoce Shakespeare and Company, una librería y biblioteca para suscritos. El retrato de William Shakespeare, colgado de un barrote sobre la entrada, otorgaba al Bardo cejas espesas y una irónica sonrisa de galo. Lo hacía parecer claramente francés, aunque todo el mundo sabía que allí se vendían sobre todo libros en inglés.

Daniel Keenan no era parisino, a pesar de la frecuencia con que se encogía de hombros para denotar indiferencia. De hecho, resultaba obvio que Daniel Keenan no era francés incluso antes de que abriera la boca. A sus treinta y muchos, vestía *tweed*, llevaba un pañuelo alrededor del cuello y calzaba cuero marrón e iba con un sombrero flexible, entre *trilby* y *fedora*, sobre la cabeza. La mayoría lo tomaban por inglés, y uno de los más excéntricos, lo cual le molestaba tanto como cuando lo confundían con un alemán. Si había algo que odiara más que los comentarios acerca de su estilo particular era que lo creyeran «*un rosbif*», como denominan en el argot francés a los ingleses. Él era tan irlandés como un trébol de cuatro hojas, o como el río Shannon, o como James Joyce —a quien conocía bastante bien—, y se había criado percibiendo a los ingleses como opresores. Y ahora, después de lo que los soldados habían hecho a su familia, también como asesinos.

Daniel leyó la última página de la novela de pie en la calle, entre la floristería y la tienda de cachivaches. Cuando hubo terminado, cerró el libro con reverencia para no alterar lo irremediable de la historia, como si el propio acto de cierre pudiera despeinar las palabras antes de que el siguiente lector pudiera alcanzarlas. Siendo periodista, admiraba la prosa concreta de Hemingway: nada de descripciones escabrosas ni florituras del sentir. Simplemente, una capacidad innata de producir frases de un modo que permitían al lector ver más allá de las palabras y alcanzar un entendimiento inmediato.

La campanilla que había sobre la tienda tintineó cuando Daniel la abrió, alertando de su llegada a la mujer que, como un pájaro, atendía tras el mostrador. Aunque había leído la última página fuera, en la calle, repentinamente deseó haberse la guardado para el refugio que aquella tienda le ofrecía.

Era un lugar donde las novelas recibían el mismo trato que las reliquias de los santos entre los católicos y donde, en vez de escenas religiosas o estaciones del vía crucis presidiendo las paredes, se veneraban retratos de escritores como Walt Whitman, Edgar Allan Poe u Oscar Wilde.

–¡Oh, Daniel! –gorjeó la diminuta mujer, apartando la mirada de una montaña de volúmenes–. *Bonjour!*

Llevaba el cabello en un eficiente y masculino corte a lo *garçon*, que le daba un aire de colegial inquieto.

Daniel se quitó el sombrero y lo estrujó para meterlo en el bolsillo de su chaqueta.

–*Bonjour*, Mademoiselle Sylvia –contestó él, con la mirada solemne de su rostro invariable.

Avanzó hacia el mostrador y devolvió ambas novelas. La otra era *El arco iris*, de D. H. Lawrence.

–¿Las has disfrutado? –le preguntó la librera, abriendo las cubiertas una por una para devolver las tarjetas al bolsillo del frontispicio.

Pese a que todo el mundo se dirigía a ella como «Mademoiselle», Sylvia Beach era, en efecto, estadounidense, aunque había pasado la mayor parte de su vida en París.

Daniel asintió.

–El de Hemingway en particular.

Los labios de ella se retorcieron con coquetería.

–Ernest es maravilloso, ¿verdad que sí? –respondió, colocando los libros en un carrito que tenía a su derecha. Había acabado por conocer bien a su compatriota a lo largo de los años, y, de todos los escritores con quienes ella trataba personalmente, «Papa», como se le llamaba, era uno de sus favoritos. Su atractivo rostro bronceado y su paso decidido lo hacían irresistible para la mayoría de las mujeres, aunque

era por todo el mundo conocido que Sylvia no tenía interés en el sexo opuesto—. Te lo voy a presentar... —su voz de repente se apagó—, si es que nos vuelve a visitar.

—¿Está en España ahora mismo, no es cierto? —preguntó Daniel.

—Correcto. —De repente se emocionó—. Está cubriendo la Guerra Civil, pero, conociendo a Ernest, también estará yendo por su cuenta y riesgo a por los fascistas.

La imagen que Sylvia acababa de conjurar divirtió levemente a Daniel, pero no logró arrancarle una sonrisa. Apenas sonreía por aquel entonces, a no ser que estuviera borracho, pero la Guerra Civil en España le parecía especialmente preocupante. Su director en *The Parisian* —una revista ligera, de segunda fila— era un estadounidense que tomaba tragos de *bourbon* con su café matinal y que era amante de la buena vida. Chuck Patterson insistía en que el «asunto español» pasaría de un día para otro. Era de la opinión de que los expatriados en París estaban mucho más interesados en el último escándalo o en las inauguraciones de restaurantes que en el general Franco. Daniel sabía que eso era probablemente cierto, aunque en silencio le preocupaba que la guerra se extendiera y arrastrara a Francia con ella. Aquel día, no obstante, se guardó aquellos pensamientos para sí.

Hubo un silencio cuando él empezó a mirar a la nada, como solía sucederle por aquel entonces. Sin embargo, sabiendo que aquellas pausas de Daniel a menudo estaban cargadas de dolor, Sylvia se inclinó hacia él con una mirada de preocupación en su rostro.

—Celebraremos una velada en el apartamento de Gertrude mañana por la noche —le dijo, amablemente—. ¿Por qué no te apuntas?

Gertrude Stein era la predilecta entre los vanguardistas, y sus salones eran legendarios. Se la habían presentado a Daniel, pero a él no le interesaba demasiado ella: la encontraba demasiado estridente y ostentosa. Hubo un tiempo en que le llegó a atraer gente así, pero ya no... No desde su pérdida.

Viendo que la pena no abandonaba sus ojos, Sylvia hizo una pausa y luego puso su mano sobre la de él en el mostrador. Él la observó, como si le extrañara su tacto.

–Esto pasará –le dijo dulcemente–. El dolor decaerá, aunque los recuerdos permanecerán. –Le estrujó la mano–. Solo los buenos.

Daniel alzó la mirada y la observó inexpresivo durante un instante. Sus intenciones eran buenas, eso lo sabía, pero no tenía ni idea de lo que le estaba pasando, cuando cada belleza de llameante cabello le parecía ser su Grace y cada querubín de ojos verdes su Bridie. ¿Cómo lo iba a entender? Ella jamás se había casado. Nunca había tenido hijos. Nunca había tenido que sufrir la insoportable pérdida que él había sentido los últimos quince meses y veintidós días. Echaba de menos la conversación y la cercanía de esos dos seres que amaba desesperadamente, pero deseaba justicia con las mismas fuerzas.

–Gracias –le dijo, aunque no por gratitud sino por educación.

Sylvia se alejó del mostrador.

–Te dejaré hojear entonces –dijo, ladeando la cabeza en dirección a la biblioteca de préstamos.

Era verdad, las novelas le ayudaban a olvidar. Cuando se perdía entre sus páginas, vivía en el mundo del autor y no en el suyo propio. Le permitían ponerse en los zapatos de otras personas, le daban un respiro. Sí, las novelas lo ayudaban a

olvidar, pero Daniel Keenan ya había olvidado bastante por un día. Hacía poco que había llegado a comprender que no se podía esconder en los libros para siempre.

—En otra ocasión —dijo con amabilidad, y tras aquello se fue a trancos de la librería para volver a su oficina, luchando contra las lágrimas que la bondad de Sylvia le había provocado.

Capítulo 3

Hamburgo

Tres días después de su entrevista en la clínica, Katja llegó a casa de su trabajo y fue a comprobar su correo, como siempre hacía, al buzón de la entrada. Hojeó su correspondencia. Entre los recibos acostumbrados, había un sobre blanco. Al darle la vuelta, vio la dirección de la clínica impresa en el reverso. Era la carta que estaba esperando, aunque tenía claro lo que iba a contener. Tenía razón.

Apreciada Fräulein Heinz:

Tras su reciente entrevista para el puesto de recepcionista en la Clínica de Trastornos Neurológicos, lamentamos informarla de que...

Aquel rechazo no la sorprendió. Ya había aceptado que no era la candidata para el puesto. Además, tras la entrevista había tenido una pesadilla. En ella soñó que el doctor Ulbricht era un vampiro y que la vaciaba de sangre. En cualquier caso, jamás habría podido trabajar para él. Arrugó la carta, se la metió en el bolsillo y corrió escaleras arriba para ver a su madre.

—¡Mutti, estoy en casa! —gritó al abrir la puerta del apartamento.

Era lo que hacía cada vez que volvía del trabajo, porque, desde la quema, aparte de la depresión, su madre padecía de una ansiedad terrible. Mientras subía las escaleras,

Katja también se había propuesto no mencionar la carta de rechazo de la clínica. Hacerlo no ayudaría en nada.

El apartamento siempre estaba helado. Hiciera el tiempo que hiciera, su madre insistía en dejar las contraventanas abiertas para poder ver las palomas en el balcón. Katja dejó el abrigo en el perchero del estrecho recibidor y tembló al sentir el aire gélido rozándole la piel.

–Mutti, soy yo –dijo de nuevo.

La habitación principal no había sufrido cambios desde la muerte de su padre hacía ya seis años. Mutti insistió en que debía convertirse en una especie de santuario dedicado a él, repleto de diversos *souvenirs* de sus visitas a África.

El profesor Reinhart Lemmerz había sido antropólogo. Dedicó toda su vida a estudiar diferentes culturas; en la colonia alemana de Camerún fue donde realizó la mayor parte de su investigación, antes de la Gran Guerra. Las tallas de marfil, los cuencos de piedras preciosas y los collares de conchas que había ido recopilando en sus viajes constituían impresionantes *objets d'art*. Entre los retratos enmarcados de él posando con varios jefes tribales con llamativos tocados había uno más grande que representaba al profesor sujetando con orgullo un libro que él mismo había escrito: *Interpretación de las culturas del África central*. Había sido el resultado de muchos años de trabajo. Llegó a ganar un prestigioso premio por él, aunque se lo arrebataron al llegar Adolf Hitler al poder.

Se acercó al sofá y Katja encontró a su madre estrujada entre una montaña de mantas. Fue hasta la estufa de la esquina y pasó la mano por su cerámica pintada para buscar el más tenue de los vestigios de algún calor. Sobre una mesa contigua había un pedazo de salami que ni siquiera había sido tocado y migajas donde hubo una rebanada de pan de centeno.

–Ay, Mutti –dijo Katja, medio en bronca–. No se lo habrás dado a los pájaros otra vez, ¿no?

Mutti alzó su canosa cabeza del reposabrazos del sofá.

–Estás en casa –susurró y extendió una mano.

Katja se la tomó. Estaba tan fría como la porcelana de su plato.

–Sí, estoy en casa –dijo con una sonrisa de bondad. Su mirada se posó en el aspecto pálido de su madre. Sus ojos se veían hundidos. Había vuelto a perder peso–. ¿Y si preparamos caldo de pollo? –preguntó Katja, cogiendo la bandeja y yendo a la cocina.

Mutti ladeó la cabeza.

–¿Qué haría yo sin ti, Kati mía?

Era una pregunta que su madre le hacía por lo menos dos veces al día, y que Katja siempre respondía mentalmente. Sabía que pronto iba a desvanecerse. O algo peor. Ya ocurrió algo horrible cuando se tragó un bote de pastillas mientras Katja estaba trabajando, o cuando se clavó un cuchillo en las muñecas. Esperaba que aquello fuera cosa del pasado, pero la dependencia que Mutti tenía de Katja seguía igual. Simplemente, no podía existir sin su ayuda.

Una sonrisa bien ensayada en los labios de Katja fue la respuesta.

–Te las apañarías al final –dijo con brusquedad, como siempre. Ser empalagosa no era algo que se pudiera permitir–. Venga, vamos a calentar el caldo.

Katja justo entraba a la cocina cuando alguien llamó a la puerta del apartamento. Frunció el ceño. Frau Cohen, la vecina viuda, siempre llamaba para anunciar su presencia. Pocas personas llamaban desde que su madre empezó a estar peor, aparte del doctor Spier o el padre Fischer, que ocasionalmente iba a rezar el rosario con ella.

Con cuidado, Katja quitó la cadena del pestillo y abrió un poco. Un hombre de complexión fuerte le daba la espalda en el descansillo. Llevaba una gabardina elegante de color gris y sujetaba un sombrero *homburg* entre sus manos. Al instante de darse la vuelta, lo reconoció.

–Doctor Viktor –dijo ella, incapaz de disimular la sorpresa en su voz.

–Fräulein Heinz, disculpe esta intromisión.

Durante un rato no supo hacer más que mirar a su visitante inesperado.

–¿Llego en mal momento? –preguntó. Su aliento ascendía como humo en el frío de aquella mañana en el rellano.

Katja se mordió el labio y se puso a temblar mientras cruzaba el umbral y cerraba la puerta tras ella.

–Lo siento, no puedo invitarle a entrar, doctor. Es por mi madre –empezó a decir–. Me da miedo que...

El doctor Viktor asintió, como si no le hicieran falta más explicaciones, pero no parecía consternado por ello. Bajó la voz.

–¿Ha recibido alguna carta de la clínica?

Algo incómoda, Katja bajó la mirada y sacudió la cabeza.

–No esperaba conseguir el puesto.

–Usted era una buena candidata, pero el doctor Ulbricht...

–Se lo ruego. No me dé explicaciones.

Con una sonrisa, fue cortante con él.

–Quería que supiera, sin embargo... –empezó él, y luego se calló al oír pasos que venían de más abajo.

Un segundo más tarde, aparecía un joven con gorra y una chaqueta andrajosa que subía dos escaleras a cada paso. Miró al doctor y a Katja, pero no dijo palabra. Simplemente siguió andando hasta la puerta de Frau Cohen, en el lado opuesto del rellano, donde vivía la viuda con su hijo Aaron. El des-

conocido llamó tres veces con cierto ritmo. Katja ya había escuchado a varios visitantes llamar de aquel modo y suponía que era cierto código secreto que Aaron habría inventado. Como el resto de los judíos de la ciudad, él y su madre vivían aterrados desde que se habían aprobado las leyes raciales.

Un momento después, dejaron entrar al joven sin decir más y el doctor Viktor siguió con su conversación. En voz baja todavía, le confesó:

–Me impresionó su conducta, Fräulein Heinz, y su actitud.

A pesar del frío que se le metía en los huesos, Katja sintió que se le enrojecía el rostro. La entrevista, claramente, no fue como había planeado. En comparación con la otra candidata, más mayor y más segura, debió de parecer ingenua e incompetente.

–Para mi madre es duro... –dijo de nuevo.

Pero el doctor apretó los labios y sacudió la cabeza.

–Tuvo usted mucho valor hablando como lo hizo, desde el corazón. Pero, por favor, no hace falta que se explique –repu-so con gentileza–. La comprendo, y por eso estoy aquí. –Ella lo miró con curiosidad–. ¿Sabe? Sé quién es usted.

Katja se quedó petrificada mientras sus ojos se fijaban en la cara del doctor. ¿Conocía su secreto? Si era así, ¿era amigo o enemigo? Pero él mismo respondió la pregunta al instante.

–Conocía a su padre –le dijo.

–Usted conocía...

Katja sintió que la sangre huía de su rostro. Aquel hombre, un casi desconocido que tenía ante sí, sabía algo que ella había logrado ocultar durante casi seis años.

La expresión de Viktor se mantuvo neutra, ante lo cual Katja no osó siquiera respirar, hasta que, un momento más tarde, él agregó:

–Sentía mucho respeto por él.

Poco a poco, la tensión fue desapareciendo de su pecho en forma de una larga exhalación, aunque todavía no estaba segura del todo acerca de las simpatías del doctor. Iba buscando al azar en medio de un campo minado, caminando precavida. Un paso en falso y la arrestarían.

–Nos conocimos a través de nuestro trabajo. –Aquel comentario la descolocó, aunque recordó que la clínica era parte de la universidad donde daba clases su padre. Ambos eran veteranos de sus respectivos departamentos y supuso que las circunstancias de su muerte en la agonía fueron, durante un tiempo, la comidilla de la universidad. Viendo que ella fruncía el ceño, añadió–: Era un hombre muy íntegro.

Katja asintió y bajó la mirada.

–Sí, lo era.

Ella estaba de acuerdo, aunque supiera que precisamente su integridad fue su ruina.

El doctor explicó:

–Vi la dirección en su currículum y me acordé de que el profesor Lemmerz me había dado su tarjeta, de modo que hice comprobaciones. –Los ojos del doctor se entornaron al mirar a la puerta–. Nos invitó aquí una vez, aunque mi mujer... Ella... –Sus hombros se hundieron al mencionar a su esposa, como si el solo pensar en ella fuera demasiado para él. Siguió diciendo con solemnidad–: Perderlo fue una gran tragedia, pero espero que su hija haya heredado sus principios.

Katja achicó los ojos.

–Lo siento, no le sigo.

Él suspiró y se frotó la frente.

–Sé que usted y su madre han pasado por muchas cosas. Aunque apreciaba que el doctor intentara expresar empatía,

decir «muchas cosas» no era suficiente. El modo en que su padre había muerto ya fue bastante horrible. Luego llegaron todavía más amenazas y recriminaciones. Por supuesto, todas las personas que daban clase se habían enfrentado a un ultimátum: jurar lealtad al Führer o perder la plaza en la universidad. Y no solo en la Universidad de Hamburgo. Le dijeron a su padre que no volvería a trabajar jamás si no se proclamaba fiel a Hitler. Sin embargo, antes de responder definitivamente, empezó la quema. Tras ello, y después de la muerte de su padre, Katja y su madre llegaron a verse obligadas a abandonar el apartamento durante semanas hasta que las cosas se calmaron. Tuvieron que ocultar su dolor y la ignominia vicaria que sufrieron, e incluso hubieron de cambiarse el apellido. Katja se vio forzada a abandonar la universidad y a aceptar cualquier trabajo que se le presentara para pagar los recibos. Era cierto: llevaban viviendo en la sombra desde la quema, y ahora aquel doctor estaba ofreciéndoles algo de luz. Pero ¿con qué propósito?

Katja parpadeó y, aún con miedo a afrontar la verdad, emitió con voz débil:

—¿Por qué? ¿Por qué está usted aquí?

La sonrisa del doctor Viktor desapareció, y una expresión más seria y solemne la reemplazó una vez más.

—Para ofrecerle un trabajo.

—Un trabajo —repitió Katja confusa.

Pensó en la carta que había doblado en su bolsillo.

—Tengo una vacante para otro puesto, que puede ir más acorde con su talento —explicó. Sus ojos centelleaban con la luz de la bombilla del techo del rellano—. Y me preguntaba si le interesaría hablarlo. Claro está, en caso de que no le hayan propuesto otro antes.

Estaba siendo halagador con ella y, por segunda vez, Katja enrojeció.

–No –dijo rápidamente. Entonces comprendió que su respuesta podría ser malentendida, y añadió–: Sí, quiero decir que no tengo ninguna oferta más y me interesa que me cuente acerca de ese puesto, doctor.

La boca del doctor se crispó.

–Me alegro de que nos podamos entender, Fräulein. Así pues, ¿podríamos vernos de nuevo esta noche si no le es inconveniente?

–¡Katja!

La voz de Mutti resonó ensordecida tras la puerta.

Inesperadamente confusa, Katja puso los ojos en blanco. Sin volverse, alzó una mano y señaló a su apartamento.

–Mi madre... Yo...

–¿Mañana por la mañana en el Café Blau? ¿A las siete y media, pongamos? –sugirió el doctor.

Katja asintió, como disculpándose, con la mano sobre el pomo de la puerta.

–Ahí estaré –dijo con firmeza mientras la voz aflautada de su madre seguía reclamándola.

–¿Dónde estás?

El doctor bajó la cabeza antes de volver a ponerse el sombrero, y Katja observó cómo bajaba las escaleras antes de volver adentro. Al cerrar, se apoyó contra la puerta y suspiró honda y largamente.

–¿Kati, eres tú?

–Ya voy, Mutti –la tranquilizó, apresurándose pasillo arriba.

Por primera vez en mucho tiempo sintió que algo impulsaba sus pasos.

Capítulo 4

Todavía reinaba la oscuridad, pero Katja ya conocía el café donde iba a quedar con el doctor. Estaba enfrente de la librería de Herr Wortzman, y Vati a veces la había invitado a la típica *Kirschtorte* allí tras una excursión en busca de libros.

Por la noche había nevado con fuerza, pero, en las aceras, las incontables huellas de los obreros y oficinistas del puerto y de las chicas de la calle habían convertido la nieve en fango. Katja pisó con fuerza antes de entrar en el café, aunque fuera por recuperar la circulación. A pesar de que era muy temprano, ya había mucha gente. Había hombres que bebían cerveza para relajarse tras un duro turno de noche. Otros tomaban café para animarse a empezar el día.

Al llegar al café, Katja se topó con una cortina de humo de cigarrillos y pipas y le empezaron a picar los ojos. Odiaba la mera idea de fumar, ya que cada vez que veía la chispa de un fósforo y la bocanada de humo de un pitillo le venía a la mente aquella noche: la noche en que se llevaron a su padre con tanta crueldad.

No había ni rastro del doctor Viktor en las mesas, así que fue hacia los reservados del fondo y lo halló leyendo un periódico y fumando en una pipa curva. Su *homburg* se encontraba en la banqueta junto a él. Se levantó al verla y buscó la mirada de una camarera que pasaba.

–*Ein Espresso, bitte* –le dijo a la muchacha antes de señalar a Katja.

–Lo mismo, por favor –pidió ella, tomando asiento.

–¿Ya conocía este lugar? –preguntó el doctor Viktor, apagando la pipa.

Los ojos de Katja estaban fijos en el techo abovedado, pintado con estrellas doradas. Todavía entonces le resultaba mágico a sus ojos.

–Sí –reconoció, dando tirones a la punta de los dedos de los guantes–. Mi padre y yo solíamos venir muchísimo.

–Ah, sí, su padre. ¿Estaban muy unidos?

–Sí, mucho.

–Y... ¿políticamente?

Aquellas palabras, disparadas sin preaviso, estaban cargadas de peligro. Ya nadie hablaba de política, y mucho menos en una cafetería, donde los espías de Hitler podrían estar escuchando en la mesa de al lado. La mirada de Katja buscó por todo el espacio, pero su reacción solo parecía divertir al doctor. Sonrió, acrecentando las arrugas que le rodeaban los ojos.

–¿Debería ser más claro, no? –dijo mientras la camarera llegaba con dos humeantes tazas de café.

Katja trató de pensar con claridad. ¿Qué tendría que ver su padre con esa oferta laboral de la clínica? Su desconcierto era más que palpable en su entrecejo, y el doctor Viktor advirtió su impaciencia.

–Iré al grano –le dijo, removiendo el azúcar en su café–. Tengo un cuaderno. –Se encogió de hombros–. Contiene notas detalladas sobre pacientes, y apuntes, cosas así... Y me hace falta alguien que lo mecanografíe por mí. Alguien en quien pueda confiar.

A Katja ya le resultaba familiar la confidencialidad del paciente, pero había algo en la conducta del doctor que le hizo pensar que aquellas notas eran más bien peculiares.

–Alguien en quien pueda confiar –repitió ella. Pensó en la mujer mayor que ella, la de la insignia nazi–. Pero ustedes han contratado a la nueva...

El doctor alzó la cuchara de café para interrumpirla antes de que pudiera acabar la frase.

–La nueva recepcionista ya tiene bastante trabajo que hacer. Mi proyecto requiere... –hizo una pausa para encontrar la palabra– discreción. Nadie debe saber qué es lo que usted mecanografía.

–Entiendo –dijo Katja en tono cauteloso.

El doctor prosiguió:

–La transcripción será su ocupación principal, pero, si alguien preguntara, usted también se encargará de mi dietario, que incluye mi agenda diaria, y también tomará dictados, pasará a máquina mis cartas y, en general, facilitará que el trabajo en el despacho vaya como la seda.

Katja asintió:

–Sí, señor, puedo hacerlo.

Viktor, pensativo, dejó la cuchara sobre la mesa y evitó su mirada cuando le dijo:

–Pero siento que debo advertirle que este trabajo implica responsabilidades.

–Claro –convino Katja.

Pero el doctor entornó los ojos y la miró directamente.

–Lo que quiero decir es que implica responsabilidades especiales. –Sus ojos se apartaron y a Katja le pareció como si él hubiera estado pensando en voz alta, pese a su actitud vigilante mientras hablaba. Aunque el reservado ofrecía

cierto grado de privacidad, repentinamente se le veía muy tenso. Aclarándose la garganta, se pasó la palma de la mano por sus cabellos canos, como si meditara cómo expresar su explicación—. El paciente cuyos apuntes necesito transcribir –siguió diciendo– es una personalidad muy conocida y, si corre el rumor de que lo estoy tratando, podría resultar algo... –dudó– embarazoso.

–Embarazoso.

El doctor Viktor se puso rígido.

–Por favor, Fräulein –ella lo escudriñó de nuevo–, la discreción debe ser su lema. Si es que piensa aceptar este trabajo.

Ella asintió:

–Lo entiendo, señor.

Viktor le correspondió con un movimiento de la cabeza y una sonrisa amable.

–Trabajaría en mi despacho y solo yo respondería por usted –le dijo, como si su presencia le ofreciera algún tipo de protección.

–¿Y qué pasa con el doctor Ulbricht? –preguntó, recordando su humillante entrevista.

Viktor dio un bufido.

–No hace falta preocuparse en ese sentido. No tendrá que tratar con él. Estamos solo usted y yo.

–Entonces, ¿sería su asistente personal?

Aceptar ese puesto adquiriría otra dimensión. Inconscientemente, apartó su taza de café, pero Viktor forzó una risita para intentar paliar la tensión que sabía que ella sentía. Cogió su pipa y la golpeó contra el cenicero para soltar el tabaco en él. Le daba a Katja la ocasión de sopesar sus opciones mientras jugueteaba, callada, con la taza entre sus manos.

Mientras Katja valoraba qué hacer, el doctor Viktor acudió en su ayuda.

–Si le resulta útil de algún modo, creo que aceptar este empleo sería un orgullo para su padre. Le decía las verdades al poder y se negaba a comprometer su fe en la libertad de expresión. –Katja levantó la cabeza–. Sabiendo cómo era él, lo que defendía, y cómo le repugnaba este régimen fascista, creo que la habría animado a aceptarlo.

Katja se apoyó en la banqueta mientras escudriñaba la expresión del doctor. Apenas conocía a aquel hombre, pero, aun así, había algo sólido y casi paternal en él. Empezaba a tener la sensación de que podía confiar en él. Iba a seguir su instinto. Un momento después asintió:

–Si usted lo dice, doctor Viktor.

Una sonrisa se expandió por su rostro.

–Entonces, ¿acepta el puesto?

–Así es, doctor –le respondió y le devolvió la sonrisa.

Él extendió su mano derecha sobre la mesa y ella se la estrechó. Viktor se la apretaba con firmeza, pero no demasiado, mientras cubría con su mano izquierda la de ella en señal de confianza.

–Gracias, Fräulein Heinz –dijo.

Ambos estaban tan inmersos en aquel momento que ni se fijaron en el hombre de la barra, que rebuscaba por toda la cafetería en busca de una mesa. Resultó que los ojos errantes del doctor Ulbricht habían sido testigos de lo que hacía su compañero: sonriendo, bebiendo café y tomando de la mano a una joven a quien acababan de rechazar como recepcionista en la clínica. Si alguien se enteraba –y eso podía pasar–, el claustro universitario juzgaría sin ambages un encuentro así. Especialmente, debido al historial de Viktor.